

organismo y de su espíritu, frecuentemente anormales, no logró conjurar los dos grandes peligros externos que tendían á romper la unidad: el Cristianismo y los Bárbaros. 6. El Cristianismo creaba la dualidad en el Imperio: una Iglesia y un Estado; los Bárbaros rehacían, rudos y frustráneos, pero vigorosos, los grupos nacionales que Roma había ahogado en su seno. Era el imperio una fuerza decadente, pero fuerza aún. Para evitar la dualidad, adoptó al Cristianismo, y para impedir la pluralidad adoptó á los Bárbaros. 7. Con todo, esa fuerza estaba ya gastada; el despotismo había declinado en despotismo fiscal y, ó nulificado ó conjurado contra él los intereses económicos que un tiempo fueron la sustancia misma del régimen imperial, y aquellos elementos en plena actividad que entraban en su seno, lo hicieron estallar; el Imperio dividido tornóse una continuación del helenismo en decadencia, en derredor de Constantinopla y una desordenada poliarquía en Occidente; aun se habían de renovar las tentativas de unidad, pero sin éxito.

EDAD MEDIA.

DIVISIONES: 1ª PERÍODO DE LAS INVASIONES.—2ª PERÍODO DEL FEUDALISMO.—3ª PERÍODO DE LAS NACIONALIDADES.

PERIODO DE LAS INVASIONES.

Subdivisiones: 1ª Godos y Francks.—2ª El Imperio de Oriente, los Invasores y el Obispo de Roma.—3ª Los establecimientos de los invasores en el Siglo VII.—4ª Los árabes.—5ª Restauración germánica del Imperio de Occidente

GODOS Y FRANCOS.

(Siglo V á VIII).

1. Theodorik organiza las hordas ostrogóticas; Italia invadida y sojuzgada (489) Un imperio gótico heterodoxo.—2. Los Franks; su conversión al cristianismo ortodoxo; su papel en las Galias.—3. Los merovingtos en el Siglo VI.

1. Entre los pueblos que había arrastrado en sus algaradas gigantesca la aventurera gente húnica, los godos del Este (ostrogodos) medio subyugados y medio aliados, formaban sin duda el grupo más importante; cuando el imperio de Attila acertó á disolverse, el elemento ostrogótico quedó como un sedimento germánico de la incoherente dominación tábara, depositado en las regiones medias del Danubio (Panonia). Un príncipe de hermosa figura y de prestigioso valor, educado en la corte de Constantinopla, Theodorik ó Dietrik, hereda el trono, completa la reorganización de su pueblo y recorre con sus ostrogodos en armas, la región comprendida entre el curso inferior del Danubio en que tropieza con los Búlgaros y las costas griegas del Adriático. El emperador Zenón celebra con él un pacto y lo arroja sobre Italia con sus hordas bárbaras [*migrante in Ausoniam mundo*]. Teodorik en su calidad de comisario imperial, conquista sobre el rugio Odoakro la Italia septentrional, y ayudado de los obispos italianos que eran ya potencias de primer orden en las ciudades, y que veían en la empresa

ostrogótica el restablecimiento del Imperio, penetra en el centro y reduce á Ravena al rey Odoakro, que, á pesar de todo, se había mostrado esforzado guerrero y hábil administrador. Después de una supuesta paz en que los dos bárbaros se dividen á Italia, Theodorik asesina á Odoacro y se adueña de la península entera. Comenzó entonces una tentativa de amalgama entre los elementos bárbaros y los romanos, que no por haber sido ineficaz, es menos interesante. Theodorik no desconoció la autoridad imperial, pero de hecho se consideraba un emperador y se denominaba rey de los godos y romanos. Desde su palacio de Verona hacía sentir su superioridad á los bárbaros, lo mismo á los que acampaban á orillas del Báltico, que á los vándalos de África; sometió parte de las provincias Danubianas y Adriáticas; tuvo á los burguiñones bajo su tutela; contuvo á los *Franks* que amenazaban de muerte la dominación visigótica, y puso mano en la administración del Sur de las Galias y España: así es que con justicia ha podido decirse [que su imperio se extendía desde Sicilia al Danubio, y de Sirmium al Atlántico. Conservó la organización imperial de las provincias, y en su empeño de operar la fusión de godos y romanos, dió esta fusión por hecha, y si bien había tribunales especiales para conquistadores y conquistados, las reglas jurídicas romanas normaban la conducta de los magistrados; recomendó siempre á los godos el ejercicio de las armas, reservando para los otros las funciones civiles, pero á los herederos de la corona (Amalashuinta y Teodat) los educó á la romana. Se rodeó de los más conspicuos representantes de la cultura latina que naufragaba, como Boecio, que gobernó á Roma, Symmaco, y Cassiodoro, su fiel y elocuente secretario. Con la Iglesia tuvo toda suerte de consideraciones, á pesar de que él y su pueblo persistieron en su cristianismo arriano. Esta tentativa de fundar un imperio duradero, provocaba el recelo y encono de los Césares de Bizancio, que trataron de frustrar el ensayo ostrogótico, arrojando, aunque en vano, otros bárbaros sobre Italia como los gépidos y los *franks*. El verdadero escollo de la obra de Theodorik estaba en la cuestión religiosa; profesando la máxima justa de que "el soberano no tiene imperio sobre las creencias," había colmado de distinciones á la Iglesia, cuyos privilegios había aumentado; pero la Iglesia no perdonaba su heterodoxia á aquel hombre que había logrado casi pacificarla en los sangrientos disturbios de que eran causa perpetua las elecciones de los papas por el pueblo, la nobleza y el clero de Roma. Mas por un lado los *franks* y

los burguiñones se hacían católicos y, por otro, el emperador Justino, hacía volver á los bizantinos al seno de la Iglesia y entablaba una terrible persecución contra los arrianos. Para contenerlo, Theodorik diputa al papa Juan, á quien se tributan inmensos honores en Constantinopla, y que consagra á Justino y aprueba la persecución. La cólera del ostrogodo estalla entonces; su víctima más ilustre fué el célebre filósofo Boecio, católico que escribió en la prisión el tratado *de Consolatione*, tan leído en la Edad-Media y que era en puridad obra de un discípulo de Marco Aurelio, más bien que de Jesús. Cuando murió Theodorik dejando á una mujer y á un niño por herederos, su obra estaba condenada á muerte, porque el imperio bizantino entraba en uno de sus accesos periódicos de vitalidad, y porque la fusión entre los bárbaros y los latinos no había avanzado un paso; la disidencia religiosa lo había impedido.

2. A la caída del imperio de Occidente, los burgundios establecidos entre el Jura y los valles superiores del Ródano, y el Saona, se agrupaban en derredor de sus grandes ciudades como Lyon y Ginebra; estaban divididos por las feroces discordias de sus monarcas, que han dejado una huella trágica en el gran poema bárbaro de los *Nibelungen*, redactado definitivamente algunos siglos después, pero con elementos que procedían de estos oscuros y sangrientos tiempos; el oro (el tesoro paternal para los reyes) la mujer y la tierra luego, son el objeto de la brutal codicia de los bárbaros; y cuenta que los burgundios pasaban por los menos crueles entre los germanos. Los visigodos eran dueños de las Galias del Sur. Los *franks* que, diferentes de los otros bárbaros que ocupaban el imperio, no habían aceptado el cristianismo arriánico y se mantenían fieles á la religión odínica, se agrupaban en derredor de algunas ciudades del Rhin y el Escalda y se corrían por toda la antigua Bélgica hasta el Sena, cuya cuenca había podido sustraerse á la ocupación bárbara y estaba gobernada por una especie de régulo romano, Siagrus. Klodoweg ó Klovis, ó Klodoveo, como los españoles dicen, era el Koenig de la tribu acampada en Tournai: logra reunir bajo su enérgica mano algunas otras tribus y se lanza sobre Syagrius, lo vence, se adueña de Soissons y reparte las tierras, las granjas de los romanos, entre sus compañeros de armas (486). El episcopado de las Galias, verdadero dueño de las ciudades, cerraba las puertas al feroz invasor, pero luego entraba en relaciones con él, se hacía respetar y hasta obedecer. El casamiento de Clovis con una católica princesa burgundia,

hizo más fácil la tarea de los obispos, que se habían propuesto hacer de aquel pueblo bárbaro un pueblo cristiano, pero ortodoxo, precisamente para oponerlo á los otros heréticos imperios. Clovis penetra bien este designio y comprende que es el único medio de atraerse á la población galo-romana que es católica: cuando logra en una batalla con los Alamans, que fué el primer paso dado por los germanos para conquistar su antigua patria germánica, convencer á sus guerreros de que la protección de Cristo era más eficaz que la de Odín, acepta el bautismo y con él su pueblo. La Iglesia declaró por boca de uno de sus principales obispos (S. Avito) que en cada triunfo de Clovis veía una victoria para ella; le ayudó en sus luchas con los burgundios, que sometió á su protectorado y con los visigodos á quienes el rey franco despojó del territorio que dominaban al Sur del Loira, y les hubiera arrojado más allá de los Pirineos, si el ostrogodo Teodorik no lo contiene y salva la Provenza. Clovis por la región del Rhin y valiéndose de todo linaje de violencias y crímenes, sometió á los reinecillos francos y los *Salios*, así se llamaban sus francos, y los *Ripuarios* (francos de las riveras del Mein) le quedaron desde entonces sometidos. Los galo-romanos aceptaron de buen grado el yugo del caudillo que había recibido de Constantinopla el título de cónsul y había además respetado sus tierras; para repartir entre sus guerreros le bastaban las del antiguo fisco imperial. Clovis murió en 511. La principal autoridad histórica sobre su reinado es la Crónica de Gregorio, obispo de Tours, casi contemporánea.—Los hijos de Clovis se dividieron el reino y abrióse entonces para la dinastía de los Merovingios (de Meroweg ascendiente semi-legendario de la familia) una era de crímenes inauditos y de luchas feroces, en que toman parte principal las mujeres de la casa real, lo mismo Clotilde, la viuda de Clovis, que después, Bunehaut ó Brunquilda entre los francos de Oriente, y Fredegonda entre los de Occidente; las célebres rivales, eran, muy inteligente la primera, muy astuta la segunda y ambas feroces. En vano algunos santos obispos se oponían al torrente de aquellas desenfrenadas pasiones salvajes; eran impotentes; otros y buena parte del clero se contaminaban con ellas; era el reinado de la fuerza. Los soberanos iban de una en otra granja con su séquito de compañeros ó *leudes*, y más bien acampaban que se radicaban en su reino; algunos se jactaban de ser hombres civilizados y hasta la daban por las sutilezas teológicas y gramaticales; no era más que un disfraz que cubría la más innoble barbarie. La Iglesia gemía y se

enriquecía; los señores aglomeraban tierras que los reyes les daban para que las gozasen durante su vida, y estos dones recibían el nombre latino de *beneficios*; así el beneficio reemplazaba al hacha, al caballo que el caudillo germano daba á sus fieles, que en cambio le juraban seguirlo en todas sus campañas; tal es en su primer germen *el derecho feudal*. Las asambleas de guerreros libres continúan, para decidir la guerra, para zanjar las discordias, y á veces para legislar, como la que en tiempo de Clovis debatió el código de los francos salios llamada *ley sálica*. Cuando en 558, Clotario heredó los diversos tronos francos, la Burgundia (Borgoña) formaba ya parte de aquella Francia bárbara que se extendía también por la antigua Germania. Clotario poseía mayor patrimonio que sus antepasados; dió pues, mayor número de beneficios á sus leudes, á su clientela ó *truste*, y esta propiedad condicional y temporal se llamaba *feod* (feudo); las Iglesias cada día más ricas, se vieron dotadas de grandes *inmunidades*, es decir, que en su territorio nadie sino los eclesiásticos podían ejercer justicia, y nadie, sino ellos cobrar tributos. A la muerte de Clotario tornaron la división del reino y las horrosas discordias; á esta segunda época pertenece la terrible querrela entre Brunquilda la reina de Ostracia (francos del Este) y Fredegonda de Neustria (francos del Oeste) neustrios y ostracios se odian ya. ¿Y la raza conquistada? Continuaba, aunque en grado inferior, gozando de los mismos precarios derechos que los francos; unos eran siervos ó esclavos, otros colonos ó cultivadores casi siervos; otros tenían su alodio [*alleu*] ó tierra libre; los grandes propietarios gozaban de gran valimiento, acaudillaban las huestes francas á veces; algunos eran condes ó duques.—En principios del Siglo VII, Clotario II, el hijo de Fredegonda, logró, después de haber hecho perecer en horrible suplicio á la anciana rival de su madre, reunir bajo su cetro á la Ostracia y á la Neustria. (613).

EL IMPERIO DE ORIENTE, LOS INVASORES Y EL OBISPO DE ROMA.

(Siglos VI y VII).

1. El Imperio Romano.—2. Justiniano conquistador, legislador y constructor.
3. El Exarcado de Ravenna.—4. El obispo de Roma.

1. El año de 476 no marcó, en concepto de los emperadores de Constantinopla, el fin de uno de ambos imperios, sino la restauración de la unidad imperial; y tal era el prestigio de la institución, que los bárbaros se sometieron á la majestad del autócrata bizantino, de quien recibían títulos y honores, reteniendo ellos la supremacía sobre sus guerreros, limitada por las asambleas, y sobre los romanos, definida por los obispos. Después del excelente gobierno de Pulcheria, la hija de Arkadio, hubo una serie de emperadores que gastaban su vida en discusiones teológicas, sutiles y empeñadas; de ellas el cristianismo ortodoxo salía frecuentemente maltrecho, con grave escándalo de los obispos de Occidente, cada vez más sujetos al gobierno del obispo de Roma (á quien se daba el nombre griego de Papa). El origen de estas reyertas teológicas estaba en la idea firme que tenían los emperadores de su misión y de su potestad religiosa, idea hasta cierto punto involuagrada en la tradición imperial, que no acertaba á justificar la separación entre el Culto y el Estado. En ellas se mezclaba el pueblo dividido en partidos, que tomaban nombre de los sendos grupos de cocheros que se disputaban los premios de las carreras en el Hipódromo, inmensa construcción que las abigarradas y cosmopolitas muchedumbres de Constantinopla tenían por centro de reunión y de desorden. El color usado por cada uno de los grupos cocheriles, designaba, como antaño, á las diversas facciones: de los *verdes*, los *azules*, los *blancos* y los *rojos*, ellas causaban perenne agitación en la ciudad, y algunas veces furiosos motines. De uno de éstos, en que perecieron tres mil personas, resultó electo emperador un oficial eslavo de bajísima procedencia, que se había puesto el nombre latino de Justino; príncipe lleno de fervor ortodoxo que persiguió á los arrianos y colmó de honores al obispo de Roma á quien reconoció por jefe de la Iglesia. Su sobrino Justiniano heredó el trono en 527. La mujer del nuevo Cesar era una antigua funámbula de depravadas costumbres y de insigne ambición, llamada Theodora; tal fué el dominio ejercido por esta mujer sobre el áni-

mo apocado de su esposo, que fué considerada como co-partícipe del poder.

2. Cuando Justiniano subió al solio, la facción de los *azules* dominaba en el hipodromo, en los tribunales, en el palacio imperial, en las calles; los *verdes*, menos ortodoxos, estaban postergados y oprimidos; cierta ocasión que el emperador en su tribuna (vasto pabellón que comunicaba con el Palacio y se llamaba *Kathisma*) asistía á las carreras, los *verdes* provocaron un inmenso tumulto impetrando justicia, y después de insultar al basileo, le obligaron á refugiarse en su alcazar y promovieron una insurrección inmensa, incendiando muchos edificios de la ciudad y proclamando otro soberano: la energía de la emperatriz, "que prefería morir en la púrpura como los reyes," á una fuga vergonzosa, impidió la deserción de Justiniano y el motín que clamaba victoria (por lo que se ha llamado *nika*-victoria) fué ahogado en un mar de sangre por Belisario á quien había comunicado valor su bella y perversa mujer, Antonina, favorita de Theodora.—Los *búlgaros* mezcla de tátaros y eslavos, y los *antes*, tribus eslavas, amenazaban el imperio hasta en los alrededores de Constantinopla; los persas continuaban sus luchas seculares con los romanos; estos peligros aplazados, si no conjurados, por medio de victorias ó tratados efímeros, no impidieron al emperador, de grande ambición y de alma pequeña, intentar la realización de su ideal de restablecer la unidad del imperio romano ortodoxo. La debilidad en que había caído el reino de los vándalos de África desde la muerte de Genserik, y las persecuciones constantes de que eran víctimas los cristianos que no aceptaban el arrianismo, favorecieron los designios del emperador; las flotas bizantinas hicieron escala en Sicilia y abordaron los litorales africanos; Belisario, caudillo de las huestes imperiales, venció á los vándalos, destruyó los establecimientos bárbaros, deportó al rey vándalo á Constantinopla, y Africa recobró su carácter de provincia romana. Por poco tiempo; las depredaciones de los hereberes y la ineptitud del gobierno bizantino, hicieron desaparecer hasta los restos de la cultura latina que ahí había florecido con esplendor, y los árabes la encontraron dividida y bárbara. Italia era una tentación mayor todavía para Justiniano; el partido de la romanización de los ostrogodos, representado por Amalashuinta, la hija culta é inteligente de Theodorik, después de una corta preponderancia, sucumbió al fin y con él la infortunada reina. Con el pretexto de vengarla, Belisario penetró en la Península por el Sur y marchó

triumfalmente hasta adueñarse de Roma; pero una poderosa reacción sobrevinida entre los ostrogodos y que les devolvió su energía primitiva, y la ruindad y envidia de Justiniano, que ni reforzaba ni pagaba las fuerzas mermadas de su gran capitán, cambiaron á tal punto la faz de las cosas, que lo que se había creído obra de una gran victoria, se volvió una dilatadísima y feroz campaña de que sufrió horriblemente Italia entera, pero en la que la víctima principal fué Roma, sitiada ó defendida alternativamente por los griegos; sus monumentos se tornaron fortalezas que era necesario destruir para debelar, y sus obras de arte, vasos, esculturas, etc., sirvieron de proyectiles de guerra. Cuando esa guerra asoladora se acercó á su término, Roma era una inmensa ruina, completamente desierta; sin sus obispos habría tenido la suerte de Nínive ó Babilonia.—Belisario tuvo al fin que ceder el puesto al eunuco Narsés, habilísimo general que con sus auxiliares longobardos, tátaros y persas, vence al bravo Totila, y concluye para siempre con la dominación de los ostrogodos en la Península, que torna á ser la provincia imperial de Italia (554).

El programa de restauración de la unidad imperial en que se había empeñado Justiniano, tuvo todavía una más duradera expresión: la obra legislativa; para realizarla el emperador encontró también excelentes colaboradores como Triboniano. Sabemos que desde el Siglo IV, al período de creación de la jurisprudencia romana, había sucedido el de compilación y codificación; el último de los Códigos promulgados había sido el de Theodosio II (488) colección de las constituciones imperiales desde Constantino, que influyó mucho en los primeros siglos de la Edad-Media sobre los ensayos de codificación hechos entre los bárbaros; la *lex romana* se llamó entonces al Código Theodosiano abreviado por los visigodos. La obra de Justiniano fué de mucho mayor aliento: el material era inmenso y fué dividido en dos grandes porciones, una compuesta de los edictos pretorianos, las leyes, rescriptos y constituciones imperiales; la otra de las decisiones y resoluciones de los jurisconsultos; la parte primera se llamó *el Código*: la segunda compuesta de las doctrinas de los grandes jurisconsultos, hecha muy rápidamente y fruto de una selección precipitada, se dividió en cincuenta libros; á cada una de las doctrinas se dió el título de ley y el conjunto recibió el nombre de *Pandectas ó Digesto*. Antes de que esta vasta compilación doctrinal fuese promulgada, Justiniano hizo publicar un manual ó resumen de la nueva legislación, destinada á las escuelas, pero que tenía también fuerza de ley: imitando al jurisconsulto Gaius, se dió á aquel epitome el nombre de *Institutiones* (Instituta). La legislación posterior á la promulgación de los Códigos ó nuevas leyes, se denominó: *las Novelas*. El emperador reservó el monopolio de la enseñanza jurídica á las Escuelas de Constantinopla y Beryto, y procuró imponer su legislación en el Occidente;

no lo logró; más seis siglos después, el derecho romano había de renacer para Europa, y la legislación Justiniana debía ser la base de aquel renacimiento. Una censura puede dirigirse entre otras á la obra inmensa del emperador: los materiales de donde se extrajo el Digesto se consideraron inútiles y se perdieron, haciendo así forzosamente deficiente todo estudio de la jurisprudencia romana.—Todo ello respondía á un plan de reacción latina contra el elemento griego, menos disciplinable y cada día más preponderante en el imperio, y á un empeño desatentado de centralización y de apagamiento de toda iniciativa individual. El emperador monopolizaba el cultivo del gusano de seda, que había introducido en Europa, y cuanta industria podía, hasta la del pan en Constantinopla; de donde resultaba que la producción era mucho más cara y mucho más mala, que si el interés, la competencia y la economía individual, se hubieran ocupado en ella.—Justiniano fué gran protector del arte, sobre todo del religioso; pobló el país de Iglesias, y la obra en que cifraba todo su orgullo, fué la consagrada á la Sabiduría Divina en Constantinopla (Sta. Sofía). Una cruz griega inscrita en un inmenso rectángulo, era su trazo; altos muros de material pobre, cúpulas bajas en torno de la principal de piedra pómez, pintadas y doradas por fuera, y todo revestido por dentro de mármoles y metales preciosos, de abigarradas columnas, de mosaicos espléndidos, é iluminado por lámparas perpetuamente encendidas, tal era esta obra típica del arte bizantino, que si costó mucho edificar, ha costado más reparar y conservar. Entregado á la devoción, cayendo frecuentemente en la heregía, debatiéndose en mil intrigas palaciegas, de las que fué víctima el débil y heroico Belisario (desgracia de que nació la leyenda de su mendicidad) acabó sus días Justiniano (557).

3. Parte de los litorales del Mediterráneo occidental (en España, África y las Islas) y la Península itálica entera, tales eran las principales conquistas de Justiniano; fueron efímeras. En la antigua Dacia y en Pannonia después de la emigración ostrogótica, vivían obscuramente dos grupos germánicos, los gépidos de origen gótico y los longobards de origen teutónico; eran de costumbres demasiado feroces aun con relación á los mismos bárbaros, para poder fundar en aquellas comarcas nada duradero; demás de esto, sus perpetuas y terribles querellas les impedían arraigarse: para lograr destruirse entre sí, recurrían á las hordas tátaras acampadas entre el Volga y el Pruth (awars) ó á las tribus eslavas. Tátaros y eslavos lograron desalojar á los germanos y los longobards tomaron el camino de Italia acaudillados por Alboain. Italia, acostumbrada á estas terribles invasiones, se estremeció de espanto á la vista de los salvajes *longobards* que desolaron el valle del Po y lo sojuzgaron fijando su centro en Pavía; Italia, exarcado bizantino, recorrida de Norte á Sur por aquellas hordas terribles, cambió

de aspecto político; el exarcado se recogió en la zona central que va del Adriático al Tirreno y su capital fué Ravenna, que podía estar en constante comunicación con Constantinopla. En el otro extremo de este exarcado estaba Roma, que sacudía trabajosamente su sudario de ruinas, y en donde hacían naturalmente el primer papel los obispos ó papas, como les llamaban los griegos. A pesar de todo se mantenía vivo en el Exarcado y en los *Themas* ó gobiernos griegos del Sur de la Península, el modo de ser helénico. La legislación de Justiniano se observaba; el arte bizantino tenía ahí manifestaciones típicas y el obispo ó patriarca de Ravenna solía considerarse superior al de Roma. El exarca, por medio de una centralización sistemática, de una helenización sistemática también y minuciosa, destruyendo todo régimen municipal y nombrando empleados griegos en los ducados en que se dividió el nuevo gobierno, pretendió ahogar en el interior toda idea de independencia; así como la sustitución del elemento militar al civil y las alianzas con los francos le sirvieron de medio para luchar contra los lombardos que codiciaron constantemente la dominación en el exarcado y en Roma.

4. La Iglesia católica, después de su triunfo del Siglo IV, heredera de la idea de unificación del Imperio, de cuyas entrañas había nacido, no había podido realizarla, sin embargo; las grandes porciones de bárbaros arrianos que ocupaban buena parte de los territorios imperiales, las pretensiones históricas del obispo de Roma y las del patriarca de Constantinopla, que después de la división del Imperio habían tomado mayor importancia, no permitían la unión, á pesar de que los emperadores creían dominar desde su solio á las dos cabezas de la Iglesia. A la que realmente dominaban era á la sede bizantina que estaba completamente á merced de sus caprichos teológicos; la de Roma apareció á los obispos como más libre de la influencia civil, y su papel de supremacía honorífica, se iba transformando en una potestad real sobre el episcopado, al menos en Occidente. Al declinar el Siglo VI, un patricio de vida intachable, de superior inteligencia y de inmenso prestigio en Roma é Italia, subió á la cátedra de San Pedro con el nombre de Gregorio; la Iglesia le llama San Gregorio Magno.

Pero ántes había llegado á su madurez un hecho en el seno mismo de la Iglesia, destinado á influir profundamente en su futuro destino: nos referimos al monaquismo. Muchas de las religiones orientales habían tenido sus monjes; era natural que el cristianismo nacido en Oriente siguiese este ejemplo,

porque como el ideal de la vida perfecta propuesto por el Evangelio era el desprendimiento de todo lo terrestre, sólo podía realizarse en el aislamiento y la soledad. Los primeros anacoretas buscaron los desiertos y ahí vivían en las cavernas y los sepulcros; á raíz del triunfo del cristianismo se formaron en Egipto y luego en Asia, inmensas comunidades (cenobios) de monjes que se entregaban á la oración, á la vida contemplativa, á las privaciones y vivían del trabajo de sus manos y votaban la obediencia y la castidad. El que mejor organizó un considerable grupo de estos monjes fué San Basilio, en Asia Menor, á fines del Siglo IV. Por esta época sólo en Egipto había más de cien mil cenobitas; algunos llevaban la abnegación hasta el suicidio, hasta penitencias inverosímiles como la de Simeón Stylita que pasó treinta años de su vida sobre una columna, caso que sólo tenía semejante entre los santones de la India; los otros formaban turbas de fanáticos y despiadados que vestidos de astrosos sayales negros y cubiertos con pieles de chivo, invadían algunas ciudades de Siria y Egipto, destrufan los más bellos monumentos del arte pagano, quemaban bibliotecas como la de Alejandría y daban muerte á los últimos representantes del politeísmo filosófico de los helenos, como la bella y sabia Hipatia, la última encantadora flor de las escuelas paganas. A mediados del Siglo IV, San Atanasio había trasplantado el monaquismo al Occidente en donde pronto cundió.—Los cenobios ó monasterios fueron en algunas partes focos de cultura de primer orden, y entre ellos algunos de Irlanda, de donde salieron en los inmediatos siglos los mejores misioneros y maestros de la cristiandad. Benito de Nursia fué quién durante el Siglo VI organizó aquellas fuerzas diseminadas, creando un tipo en el monasterio del Monte-Casino que fué pronto imitado por todas partes: los monjes desde entonces debían dividir su tiempo entre la agricultura, los trabajos manuales y la transcripción de los libros; todo ello debía hacer aptos á los monjes para defender la fé y cristianizar á las naciones paganas, civilizándolas al mismo tiempo.—La Iglesia al ponerse en contacto con la barbarie, había perdido la pureza de las costumbres; los monjes la reformaron; los obispos habían defendido las ciudades y cristianizado á los invasores; los monjes propagaron la fé más allá de los límites del imperio, y todos ellos se alistaron bajo la bandera del obispo de Roma.

Este obispo era un monje y ese monje era un gran papa, ya lo dijimos. Gregorio hizo de la Roma pagana una ciudad santa; de entre las ruinas y con los materiales de los monumentos antiguos surgió una Roma de Santuarios y Basílicas, en donde las ovejas del pastor, que era el único que las socorría en las inundaciones, la peste y el hambre, se reunían á cantar himnos sencillos según el modo por el obispo inventado (canto gregoriano). Esta ciudad y este obispo dependían de Constantinopla, y el papa saludaba á los emperadores legítimos y á los usurpadores con cánticos de hiperbólico regocijo; pero en cuanto se trataba de la supremacía del obispo sobre los otros obispos, ó so-

bre la Iglesia entera, nada igualaba la entereza de sus reclamaciones; un concilio universal (el de Kalkedonia) había proclamado esta supremacía, y Gregorio la sostuvo por tal manera, que puede considerarse como el verdadero fundador del poder espiritual de los Pontífices. Su obra de propagación fué también de inmensa trascendencia: como siempre, el elemento femenino aliado al monástico, fué la palanca poderosa que removiendo y trasformando el alma de los caudillos bárbaros, traja por consecuencia la conversión del pueblo. En tiempo de Gregorio la obra de la catolización de los arrianos lombardos adelantó mucho; en España, en la familia real visigótica, después del sangriento drama de que fueron protagonistas el severo Leovigildo y su rebelde hijo católico Hermenegildo, las influencias del clero ortodoxo lograron prevalecer definitivamente, y el heredero del trono Rekared, declaró al catolicismo religión del pueblo hispano-gótico, y los concilios celebrados desde entonces en Toledo tuvieron participación directa en el gobierno de la monarquía. En Inglaterra, donde como veremos luego, los anglos y los sajones venidos de las riberas germánicas del mar del Norte, habían fundado varios reinos, obtuvieron también éxito completo las misiones monacales enviadas por Gregorio, á pesar de que el episcopado bretón ó céltico tenía en la isla sus representantes, que pusieron serios obstáculos á la propagación de un catolicismo completamente sometido á Roma; ellos lo concebían menos disciplinado, pero más evangélico. En suma, fundación definitiva del poder espiritual del Pontífice; emisión del concepto de que en cierta esfera el poder temporal, civil ó político, estaba subalternado al espiritual; organización del monaquismo para mejorar las costumbres, moralizar á los bárbaros y disciplinar la Iglesia; propagación del catolicismo entre los bárbaros, arrianos ó paganos, tal fué la obra fundamental del papado en el Siglo VI.

LOS ESTABLECIMIENTOS BÁRBAROS DESPUES DEL SIGLO VI.

1. El reino hispano-gótico.—2. Los Anglo-Sajones.—3. Los Longbards.—4. Los Franks.—5. El imperio bizantino y los Bárbaros en Oriente.

1. El pueblo gótico fué el que más dispuesto se mostró para asimilarse los elementos de la cultura romana; pero esta asimilación lo

hizo inhábil para la vida. Los compañeros de Alarik acampados entre el Loire y el Pirineo, por concesión del emperador, emplearon sus fuerzas en ayudar á los ejércitos romanos á desbaratar la invasión de los hunos en las Galias, y en devolver al imperio la provincia española que había sido un resumidero de invasiones germánicas (vándalos, alanos, suevos) y de donde gracias á los visigodos, desaparecieron los vándalos, que se trasladaron á África dejando su nombre á la antigua Bética (V-andalucía) y los alanos que quedaron refundidos en el grupo más resistente de los suevos. Fijados definitivamente en Aquitania (entre el Garona, el Ródano y los Pirineos) y teniendo por capital á Tolosa, los reyes visigóticos pusieron mano en la obra de romanización; su religión arriana era un obstáculo para ello y la población los repelía y los obispos conspiraban en favor de los franks. Éstos destruyeron al comenzar el Siglo VI el reino de Tolosa, y hubieran acabado por completo con la existencia independiente de los visigodos, sin la intervención de Teodorik, que salvó para ellos una parte estrecha de la Galia Pirenaica, y les permitió seguir en España el curso de sus destinos.—España, mientras vivió Theodorik, fué una provincia del imperio ostrogótico; á la muerte del gran rey bárbaro recobró su autonomía y continuó sus luchas con los franks y con los bizantinos que destruían el dominio vándalo en África y luego se adueñaban de Italia; las discordias que en España sobrevinieron con motivo de la elección de Atanagildo para el trono por una fracción de la nobleza goda, dieron margen á los griegos para apoderarse de una parte de los litorales mediterráneos de la Península. El reinado de Leovigildo marca en el último cuarto del Siglo VI el apogeo del poder hispano-gótico; sometió á los hispano-romanos definitivamente; arrancó á los suevos sus últimos refugios en el ángulo Noroeste de la Península, y arrebató á los griegos parte de su dominio. La rebelión de su hijo, el católico Hermenegildo, por causas religiosas, la muerte de este príncipe de quien la Iglesia ha hecho un mártir, dan un carácter trágico á los últimos años de Leovigildo. Él bien conoció al morir que ni era posible ni era conveniente resistir más á la influencia católica; el clero arriano sin prestigio y sin valor, no se defendía; el pueblo católico apoyaba á su clero cada vez más poderoso y que era el nacional; fundir los dos grupos era necesario, más la herejía real lo hacía imposible. Recaredo, el sucesor de Leovigildo, lo comprendió así, y antes de acabar el Siglo VI no había más que católicos en España. El Siglo VII ve pasar una

serie de reyes, más ó menos grandes como conquistadores; unos rechazan á los francos, otros expulsan definitivamente á los griegos, pero todos de grado ó por fuerza están sometidos á la tutela eclesiástica y á la gran asamblea periódica en que se encarna, el Concilio de Toledo. Esta asamblea acabó de fundir en una sola la población germánica y la indígena; en cambio mermó el poder aumentando las riquezas é inmunidades del clero, y lo expuso á la ambición no menos desapoderada de los magnates, que conspiraban perpetuamente y debilitaban el reino; acabó además con los hábitos de tolerancia propios de los arrianos y dispuso constantes y atroces persecuciones contra los judíos (cuyo centro, Toledo, era una especie de Jerusalem española) que tanto ayudaron luego á los árabes á establecerse sobre las ruinas del imperio cristiano y que quizás fueron la causa determinante de la invasión islámica. Al acabar el Siglo VII, á pesar de príncipes tan notables como Sisebuto, tan queridos como Recesvinto, tan bravos é inteligentes como Wamba, el reino de los visigodos está en agonía. Ciertamente, en ninguno de los establecimientos bárbaros se había hecho tanto para civilizar á los conquistadores y para atraerse á los conquistados, pero ambos grupos habían perdido sus virtudes nativas, y es una ley histórica que "cuando dos pueblos de distinto grado de cultura entran en contacto, comienzan por cambiarse sus vicios" y se debilitan ó mueren, ó se salvan gracias á alguna crisis tremenda, como una revolución religiosa ó una invasión extranjera.

2. La provincia romana de Bretaña, fué abandonada por las legiones en los comienzos del Siglo V; el cristianismo, que dominaba en la isla, había trascendido á Irlanda cuyo pueblo lo había abrazado con ardor. Los indómitos pictos unidos á los piratas irlandeses (scots) y teutónicos (saxones) atacaron á los bretones; estos se aliaron entonces á otras partidas de piratas venidas de Jutlandia y lograron vencer á los feroces montañeses de Caledonia; mas los aliados eran por extremo peligrosos, y cuando se vieron vencedores, se volvieron contra los bretones y emprendieron una lucha de exterminio que debía prolongarse más de siglo y medio. ¿Quiénes eran estos invasores? Formaban parte de la fracción de la población germánica que habitaba la costa del mar del Norte desde Frisia hasta Dinamarca. Los francos les daban el nombre genérico de saxones (porque su arma, como ya dijimos, era el *sax*) más ellos e. d. los saxones, los anglos y los iuts, denominaban á su liga: los *anglos*. Una parte era labradora y conocía, como todos

los germanos, la organización social que tiene por centro la familia, por jefe temporal al caudillo ó *herzog*, y por base la propiedad territorial, pero no individual como la romana, sino colectiva ó comunal: el cristianismo no había penetrado entre ellos. Los germanos que invadieron las otras provincias del imperio, apenas pueden llamarse conquistadores; los anglos sí lo fueron en Bretaña, en la más terrible acepción de la palabra; fué aquella la expropiación violenta y el exterminio de los vencidos; la guerra entre celtas y germanos, no sólo provenía de antipatía de razas, sino de odios religiosos; Woden (Odin) triunfaba de Cristo á sangre y fuego. Durante la conquista se sucedieron las bandas de invasores marítimos; los iuts y los saxones se establecieron al Mediodía; los anglos, que emigraron del Schleswig, dejándolo desierto, con sus familias y sus ganados, conquistaron el Oriente de la Isla. A veces los celtas-bretones resistían en el Centro y el Occidente con tanto vigor, que detenían la conquista; más al cabo de algunos años, ésta seguía su curso fatal. Los establecimientos que se fundaron sobre las ruinas de la civilización romano-bretona, fueron, no una mezcla como en los países del Continente, sino puramente germánicos; la cultura vencida se extinguió por completo con sus leyes, su literatura, sus costumbres, su religión, que, al revés de los otros germanos que aceptaron la de los vencidos, los anglos la rechazaron. El germano siguió, pues, siendo germano; hombre libre, cultivador, soldado y juez de sus iguales. Pero su organización avanzó: tuvo reyes, tuvo una nobleza militar hereditaria, tuvo esclavos; los reyes considerados como dueños del territorio ocupado, lo repartieron entre sus compañeros y así se creó la nobleza; los cautivos perdonados fueron los esclavos. Al principiar el Siglo VII, los monjes misioneros de Gregorio Magno, llegaron á las costas inglesas, y el rey del Kent los acogió y se convirtió luego con su pueblo; poco á poco todos los reinos anglo-sajones se catolicizaron y con el catolicismo penetraron de nuevo en la antigua Bretaña, la lengua, las letras y las artes latinas; es decir, Inglaterra comenzó á ser parte del mundo occidental. Un período del VII Siglo se pasó en reducir por la fuerza á los paganos y en luchas con los bretones ó de los diversos reinos entre sí. Pero el catolicismo triunfó al fin; la iglesia irlandesa que había quedado separada de las otras por la invasión bárbara, y que había producido apóstoles admirables y fundadores de órdenes religiosas organizadas como los *clans* (grupos doméstico-comunales, como la *fratria* helénica) opuso tenaz resistencia á los neo-romanos; pero en

un sínodo solemne fué desechada por los anglos, decidiéndose así la marcha futura de la historia inglesa, que de otra manera habría quedado subordinada á la Iglesia de Irlanda, más evangélica, pero sin la organización sólida de la romana. De esta organización nació en el Siglo VII la organización civil del estado inglés primitivo; los sínodos eclesiásticos se ampararon de la legislación general y fueron en realidad las primeras asambleas nacionales.—La historia de la Heptarquía, como se ha llamado muy inexactamente á la agrupación de los diversos reinos anglo-sajones, unas veces entregados á contiendas feroces, otras formando confederaciones pasajeras, se prolonga hasta principios del XI Siglo en que el rey Ethelred del Wessex (saxones del Oeste) reúne á toda la comarca inglesa bajo su cetro; pero entonces comienzan las terribles invasiones de los escandinavos (noruegos y daneses). Después de largas y dramáticas luchas, los daneses, simples piratas al principio, logran establecerse en Inglaterra y dominarla luego, al grado de que al comenzar el Siglo XI, bajo Knut el Grande, formó una provincia del vasto imperio escandinavo que rodeaba al mar del Norte; mas el elemento anglo-saxón, torna á sobreponerse con Eduardo el Confesor en vísperas de la conquista normanda. A pesar de esta agitada y obscura historia, las instituciones germánicas, sin el estorbo de los hábitos administrativos romanos, se habían desenvuelto; la autoridad de los reyes continuaba limitada por las asambleas (*witenagemot*) y la de los nobles (condes ó thanes) por asambleas locales de que el rey era protector. La población rural se organiza en grupos libres y las ciudades conquistan cierta autonomía.

3. Los griegos y los lombardos se dividían, ya lo dijimos, la Península Italiana; á la sombra de los primeros, frecuentemente abandonados y casi siempre descuidados por la gran metrópoli del Bósforo, algunas ciudades como Venecia, Génova, Gaeta, Nápoles, gobernadas por condes ó duques (*dux-doges*) eran ciudades independientes casi, lo mismo que Roma, gracias á la conquista lombarda, que hacía imposible la concentración de la autoridad en manos del exarca fuera de la comarca circundante de Ravenna.—Mas los feroces lombardos, ya católicos intermitentes, se organizaban cada vez mejor y se civilizaban; lo mismo que los otros pueblos germánicos, se dieron un Código á mediados del Siglo VII en que recibían su fórmula definitiva, los usos y costumbres de los conquistadores: la misma autoridad del rey limitada por asambleas y apoyada en la propiedad, frecuentemente repartida

entre los fieles ó *gassindos*; la misma aristocracia, aspirando á convertir en perpetuos y hereditarios los dones reales y cuyos miembros á su vez tienen sus *gassindos*. También la familia colocada bajo la tutela ó *mundium* del padre, hombre libre, es entre los lombardos la base de la organización social; debajo están los siervos y los esclavos. La ruda legislación contra los adúlteros, la compensación pecuniaria por los delitos de homicidio ó heridas (*wergeld*) acaban de poner de resalto la analogía entre la legislación de los lombardos y las germánicas. A fines del Siglo VII la conversión de todos los lombardos al catolicismo era un hecho consumado, y largos años de paz disfrutó el reino. Más la ambición de Luitprando que ciñó en el Siglo VIII la corona lombarda y la formidable heregía de los destructores de imágenes ó iconoclastas, promovida por un emperador bizantino, dieron desde entonces el primer papel en Italia á los obispos de Roma; para combatir á los bizantinos se apoyaron en los lombardos; éstos después de golpes repetidos se apoderaron de Ravenna al mediar el Siglo VIII y se creyeron soberanos de Roma. Pero el Papa, convencido de que no podía vencer á los nuevos amos con sólo los elementos italianos, apeló á una intervención extraña, al pueblo llamado "el hijo primogénito de la Iglesia," á los Francos.

4. Hemos dejado en principios del Siglo VII reinando solo sobre los francos de Neustria y Ostrasia á Clotario II; naturalmente pagó á subido precio la ayuda de los leudes de una y otra comarca; lo que se llamó la Constitución perpetua fué una capitulación de la monarquía en manos de la aristocracia; los beneficios ó propiedades recibidas por los leudes como donaciones revocables, quedaron consolidadas en cabeza de los donatarios, que pudieron dejarlas en herencia; todo ello mediante la obligación de auxiliar en la guerra y en la administración de justicia al soberano.¹ Dagoberto heredó el trono de su padre y combatió con éxito en Aquitania y en la cuenca del Elba con los eslavos; enriqueció las iglesias y fué llamado el Salomón de los francos; murió

¹ Seguimos aquí á la mayor parte de los historiadores alemanes y franceses modernos. F. de Coulanges contradice todo esto y niega que hubiese lucha alguna entre los grandes ó *optimates* de los reyes francos y sus soberanos; que hubiese consolidación de la propiedad de beneficios, gracias á estas luchas, puesto que las tierras concedidas por los merovingios lo habían sido en plena propiedad, y de lo que se trataba era de devolver á los súbditos las tierras confiscadas por el rey enemigo. En suma, para el eminente profesor no hay nobleza en los tiempos merovingios, sino domésticos del palacio y funcionarios, á la romana; ni hay nada feudal más que gérmenes confusos. Todo ello es objeto de empeñadas controversias.